

económica anterior (sólo el 10 por ciento de los obreros consideró a Onganía como mejor que Illia).

Tomado en conjunto el conflicto universitario, tiene una importancia muy relativa para la opinión pública. En primer lugar, sólo un 6 por ciento de la clase alta manifestó que "lo mejor que hizo Onganía es arreglar la Universidad" (apenas un 1 por ciento en el mismo sentido en los sectores medios, y no mención del problema entre obreros).

Por supuesto que el problema de los claustros ha sido preocupación constante de la política argentina en los últimos años, y no pocas veces sus erupciones han sido atribuidas al fermento de agitadores y de ideologías izquierdistas. Sin embargo, un 40 por ciento de la clase alta y más del 60 por ciento en los estratos medios y populares, afirman consensualmente que las últimas demostraciones estudiantiles son luchas en defensa de derechos legítimos. Los que mencionaron el papel de los agitadores pierden terreno bruscamente entre los sectores populares (agitadores: 50 por ciento alta, 32 media, 17 baja).

Paralelamente a estas preguntas sobre la Universidad se recogió una opinión sobre la eficacia del Gobierno en su lucha contra las ideologías de extrema izquierda. Cerca de la mitad de los encuestados manifiestan que estas ideologías están ahora "más fuertes" que antes de subir Onganía (52 por ciento alta, 52 media, 47 baja).

ONGANÍA POR MUCHOS AÑOS

Entramos ahora en una etapa de las entrevistas donde se formularon preguntas sobre el futuro del país. "El Gobierno durará muchos años sin cambios importantes", es la opinión mayoritaria, con un 43 por ciento de las opiniones. Hubo que hurgar en muchas respuestas para hallar un 3 por ciento que espera una convocatoria a elecciones. Por lo tanto, la alternativa parece visualizarse en un "cambio de hombres muy importantes" dentro del equipo dirigente (32 por ciento).

Por lo tanto, la opinión generalizada es la continuidad revolucionaria alterando algunos personajes para la clase alta (55 por ciento) y sin mayores variantes para los sectores medios y obreros (42 y 44 por ciento, respectivamente). En particular, la clase media divide sus opiniones exactamente en dos mitades: 42 por ciento dice que el Gobierno seguirá como está, y otro 42 afirma que habrá nuevas caras en los sillones, excepto en el de Rivadavia.

Entre quienes manifestaron que seguirá el Gobierno actual (con y sin cambios en el equipo), se averiguó el giro político más probable en el futuro: un 56 por ciento de la clase alta tiene confianza en que Onganía se hará menos autoritario que ahora; y -por el contrario- el 60 por ciento de los obreros y el 44 de los sectores medios, coincidieron en que la revolución acentuará su autoritarismo.

De esta manera llegamos a la concepción que tienen hoy los argentinos sobre el futuro de su país: "Onganía para rato" y un puñado que espera una convocatoria electoral. A pesar de esta uniformidad, las clases superiores esperan atentamente cambios dentro de la revolución y claros signos de liberalismo (por lo menos, en el sentido usado en las encuestas, que es el de opuesto al autoritarismo).

Quizá los resultados de la encuesta puedan decirnos cuál es el mecanismo que ha condicionado las opiniones sobre el futuro político en los diversos sectores sociales. Evidentemente, los antecedentes que ayudan la formulación de estas opiniones están en el presente y, mejor aún, en el pasado inmediato. Y parecería muy lógico pensar que aquellos que ven a Onganía como "mejor que Illia" no desearían un cambio y, al contrario, los que favorecen al anterior Gobierno anhelarán fervientemente una transformación.

No parece éste el caso argentino, porque cualquiera sea el resultado de la comparación entre la

revolución y los radicales del Pueblo, la gente llega siempre a la misma conclusión: no habrá comicios y Onganía permanecerá largos años en la Casa Rosada. Si una encuesta similar se hubiese realizado en las calles de Buenos Aires hacia 1957, a dos años de la llamada Revolución Libertadora, los resultados hubieran sido muy distintos. Con toda seguridad, en aquella ocasión las expectativas sobre el futuro hubieran estado divididas y determinadas por la adhesión o rechazo al peronismo.

Al margen de las conclusiones de la encuesta, la realidad seguía mostrando las crecientes dificultades del gobierno. El presidente Onganía, en la cena de las FF.AA., diciendo sobre lo que tienen por delante sin admitir el presente: "tenemos todavía por delante épocas difíciles y nos esperan aún problemas más graves que los que ya hemos resuelto. No ha de faltar la tentación de torcer el rumbo ni la inclinación a flaquear en el esfuerzo. No faltará siquiera el canto de sirena que nos invite a desandar el camino rumbo al pasado que hemos abandonado, la fortaleza espiritual que ha sellado nuestra unión será sometida a constante asedio y requerirá de todos nosotros para resistir, una gran templanza, una conciencia extrema de nuestras responsabilidades y concepto exacto del deber".

El presidente seguía viviendo su propia irrealidad. Sólo fraseología, mientras las tensiones aumentaban en todos los sectores. Al finalizar el discurso el presidente hizo un alto intencional esperando los aplausos... pero estos apenas si fueron tibias palmadas de compromiso. ¿Era posible que Onganía aún se creyese un predestinado para conducir a los argentinos? ¿Era posible que Onganía creyese que la violencia estaba en el mundo y que la Argentina era el paraíso? Repetía frases que nadie niega como que "los argentinos deben integrarse en lo físico y lo espiritual, la juventud asumir la responsabilidad... enriquecer el patrimonio cultural... la economía al servicio del hombre..." Sí... pero, ¿cómo? ¿Era posible que Onganía creyese que esas expresiones de deseo eran realmente el plan de un gobierno que pensaba quedarse 10 ó 20 años? Quien sí sabía qué había que hacer desde el poder era su ministro de Economía. Krieger Vasena no recurría a la fraseología, imponía leyes que le garantizaban reafirmar los intereses del sector que representaba.

El abusivo y generalmente incomprensible uso que hizo de términos como "participación", "solidaridad", "comunidad" que en los primeros momentos impactaron en la opinión pública terminaron agotados. El presidente seguía recurriendo a slogans y colaboradores ajenos a la realidad nacional. El presidente aún no había comprendido que las autocracias en América Latina practicaban su mismo sistema: liberal en lo económico, autoritario en lo político. Se creyó distinto al modelo brasileño o boliviano pero se equivocó.

Necesitaba ablandar sus relaciones políticas, comunicarse, negociar con los sectores dinámicos de la sociedad. A medida que continuase imponiendo su particular e ingenuo criterio de ejercer el poder, comprobará cómo ese poder terminará escurriéndose como el agua entre las manos.

Así el pueblo termina subestimando el poder y ya no confía sino en sí mismo, en su esfuerzo personal o sectorial, pero no social, en el interés de cada clase o grupo con prescindencia de los demás. La Nación se transforma en un simple aglomerado de gente y el Estado en un mecanismo parásito de la sociedad. Esta es una realidad para los argentinos y no una suposición.

LA PRESENCIA DE ALVARO ALSOGARAY

En esos momentos estaba funcionando a pleno en la Argentina el Instituto de la Economía Social de Mercado, creado por el ingeniero Alvaro Alsogaray. El Instituto se ocupó de distribuir los borradores de un largo trabajo titulado: "Bases para la acción política futura". En él, el embajador argentino en los EE.UU. alerta sobre que la vida política en la Argentina sólo está suspendida y la necesidad de un Programa de Acción Política. Incluso ensaya un nuevo nombre para su partido (ya había fundado el Partido Cívico Independiente y Reconstrucción Nacional): Partido Liberal, pero teme que el término liberal "esté demasiado manoseado por el marxismo". Por supuesto,

El presidente seguía recurriendo a slogans y colaboradores ajenos a la realidad nacional. El presidente aún no había comprendido que las autocracias en América Latina practicaban su mismo sistema: liberal en lo económico, autoritario en lo político. Se creyó distinto al modelo brasileño o boliviano pero se equivocó.